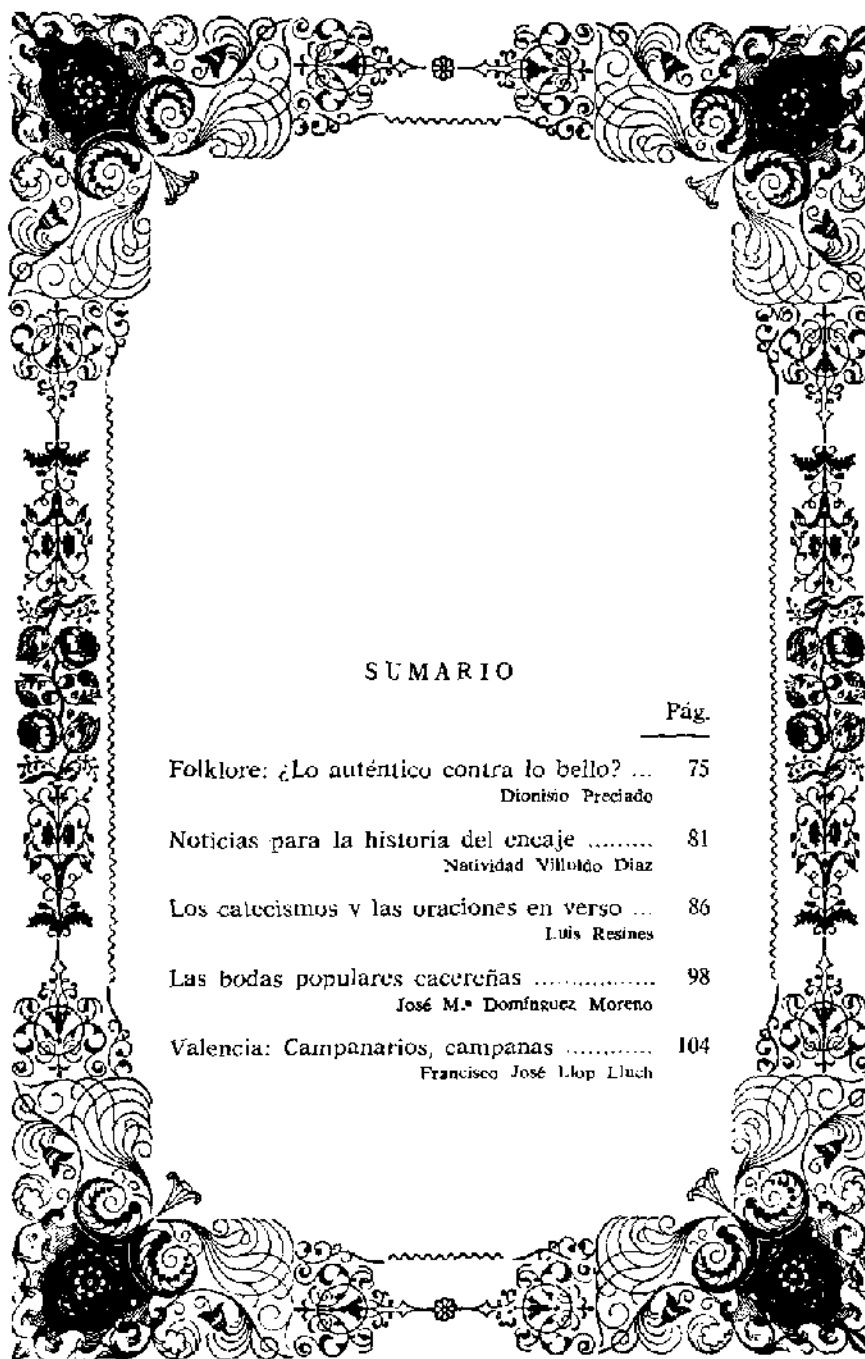


Revista de
FOLKLOR

N.º 75





SUMARIO

	Pág.
Folklore: ¿Lo auténtico contra lo bello? ... Dionisio Preciado	75
Noticias para la historia del encaje Natividad Villoldo Díaz	81
Los catecismos y las oraciones en verso ... Luis Resines	86
Las bodas populares cacereñas José M.ª Domínguez Moreno	98
Valencia: Campanarios, campanas Francisco José Llop Lluch	104

EDITA: Obra Cultural de la CAJA DE AHORROS POPULAR.
Fuente Dorada, 6-7 - Valladolid, 1987

DIRIGE la Revista de Folklore: Joaquín Díaz.

DEPOSITO LEGAL: VA. 338 - 1980 - ISSN 0211-1810.

IMPRIME: Tipografía Cristo Rey.—Avda. de Gijón, 17 - Valladolid - 1987

VALENCIA: CAMPANARIOS, CAMPANAS

Francisco José Llop Lluch

Venid conmigo todos cuantos gustais de ver y oír lo antiguo, aquello que fuere y será rejuvenecido, ley y norma en ciudades, pueblos y aldeas, para admirar la «sapiencia» de aquellos que, sin los medios culturales de ahora, nos dan lección de trabajar, de laborar, de dedicación plenísima en su oficio con matices y normas excepcionales.

Subamos al amanecer, entre dos luces —entre dos claros, como decimos los valencianos—, a la torre Catedralicia de nuestra Seo, Basílica Metropolitana de Valencia, símbolo y añoranza de cuantos nacimos aquí en las esplendideces, excesivas, de un sol radiante casi siempre.

Tras doscientos... peldaños recios de piedra llegamos a lo alto de esta torre llamada el Miguelete por cuanto su construcción se empezará el 29 de septiembre de 1381, festividad del arcángel San Miguel... Tiene doce campanas más las dos situadas bien visibles en lo más alto, que eran las que sonaban de cuarto en cuarto de hora.

Aun no salió el sol. Hay coloraciones sobre el horizonte clarísimo de nuestro cercano Mediterráneo, mas el astro rey no apareció.

Oigamos desde aquí, otrora punto culminante de la ciudad, el toque del Angelus: tres sonidos secos con vibración interminable, potentes... y luego el reproducirse en las diversas torres parroquiales, bien visibles desde aquí. Y allá, un tanto en lontananza, torrecillas, espadañas, reducidos altos donde se albergan campanillas en ermitas de los cercanos pueblos de la huerta...

Nítido aparece el sol. Apenas salido dora y va quemando su resplandor, mas antes de que se enseñoree del azul valenciano, subamos un poco más alto. Sobre la terraza de esta torre asimismo de piedra soporte para dos campanas que con su sonar daban a la ciudad la alegría y norma del tiempo, ¡qué visión de ciudad, huerta, caseríos, alquerías, barracas, mar, montes...!

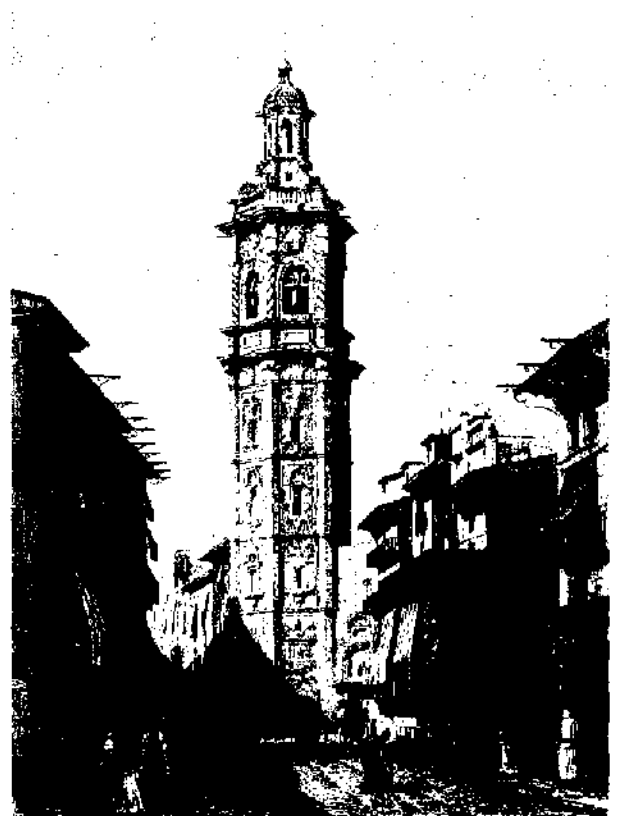
Algún convento muy mañanero avisa a Comunidad de religiosas y vecinos los iniciales actos de la Santa Misa.

Unos intervalos de silencio casi completo.

Y ya la calma empezará a extinguirse cuando las diversísimas parroquias, centros religiosos... van en tropel anunciando misas, conmemoraciones, bodas, funerales...

Vueltos hacia el mar admiremos la bella torre casi tan elevada como ésta nuestra catedralicia, como todas las demás parroquiales, de San Esteban, repleta de historia y aun luego de las destrucciones de 1936 efectuadas en casi todos los templos con aniquilación a veces completísima de todo su tesoro escultórico, pictórico, y los mismos broncees sagrados... Aquí unió en Santo Matrimonio el Cid Campeador a sus hijas; Lope de Vega asimismo uniéndose en santa unión, y fueron bautizados Vicente Ferrer y Luis Bertrán.

Un poco más hacia nuestra derecha —hacia el medio día —la también gallarda torre de Santo Tomás antes de la Congregación de San



Felipe Neri... Ya un poco... no mucho alejado, la más severa del antiquísimo convento de los P.P. Dominicos, está como las gemelas y un poco más reducidas del Temple, junto al río Turia.

Son las ocho y media de la mañana... va poblándose la ciudad, sacerdotes, beneficiados, canónigos, van y pasan de sus iglesias... Catedral.

Empieza a sonar la antiquísima Bárbara, avisa a los reverendos que se acerca la hora del coro y luego la Misa Conventual.

Pero todos los días es un repicar de todas ellas, un volteo solitario, una concentración de todas ellas, un clamoreo que vecinos, devotos especialmente, oyen y estiman porque les orienta en los actos religiosos.

Durante una media hora por todos lados llega ese murmullo... luego de una larga pausa al iniciarse la Misa Conventual y hasta llegar a la Consagración un gran silencio. Solemnes las seis batallades, golpes secos anunciando el instante de la Consagración y ya sobre las diez treinta... un semi volteo dejando boca abajo y silenciosa la campana destinada a dar a conocer el término de la Misa.

Veamos ahora hacia el sureste. El cercano San Martín rústico, pétreo, surmontado de harandilla y cuatro pirámides en sus ángulos y en su fachada la ecuestre imagen de su Santo obra de 1492 de Florencia en bronce. Bastante adjunto a esta parroquia del Obispo de Tours, San Andrés, con torre de ladrillo y elementos decorativos de piedra, sin campana alguna luego de la revolución iconoclasta de 1936, desvinciándose, ¡desmoronándose aquella veleta, hechura de barca desaparecida luego de unos días de lluvias y vendavales!... Y en el mismo cogollito el Patriarca, también sencillo, de ladrillo visto.

Allá, pasada la que fuera la última muralla de Valencia, las dos agujas pseudo-góticas del nuevo convento de los Dominicos con sus dos campanas antiguas.

Y el prodigio de ladrillo con su remate de arbotantes que afianzan el cupulín de teja de blanco y azul... la torre octogonal con ocho campanas, el templo situado en la huerta de Ruzafa y cuya jurisdicción llegaba hasta unos cinco kilómetros, hasta el mar; nos referimos a la Parroquia de San Valero y San Vicente Mártir —esencia de Aragón y Valencia aquel Obispo, aquí inmolado por los crueles romanos—.

Mas oigamos las campanadas del Angelus, ¡ya es mediodía! ¡Cómo se nos pasó la mañana! El Angel del Señor anunció a María... Bendita y alabada sea la hora en que María Santísima vino en carne mortal a Zaragoza...

* * *

¡Cómo cambia el paisaje...! Parece otro mar, la huerta tiene un verde más intenso..., los montes un tono transparente..., las azoteas de la ciudad aquí abajo a nuestros pies, ciegan, mientras los surcos oscuros de las calles —infima sensación desde aquí, en lo alto—, son penumbra azulada, gris, a veces muy negra...

Admiramos la filigrana hecha piedra, ofrenda cuantitativa del Gremio dels Argenters (plateros, joyeros, orfebres valencianos...) tan cercana que casi podemos acariciarla..., la Torre de Santa Catalina. El sol nos la silueta y da esbeltez, donaire... y tanto por su femineidad como por competir casi en altura con esta torre donde estamos situados, el Miguelete, se dijo que podrían —si fuere posible místicamente— desposarse ambas.

Ya en lontananza el repristinado convento, ahora parroquia de San Agustín, pétreo, no muy acorde con el gusto valenciano y sin campanas.

Puede que un poco más lejano veamos el sencillísimo de ladrillo al igual que espadaña, el primitivismo cenobio, basílica paleocristiana de San Vicente Mártir... Allí vimos no ha mucho, antes de que las Religiosas Agustinas de Santa Tecla lo cediesen para establecerse en cercano poblado, a nuestro criterio la más antigua campana, pequeña de 25,5 cm. de alta por 20,5 cm.: su boca con carácter visigótico...

Allá, muy lejos..., visible en otro tiempo por enfrentar en esta calle... el ex-cenobio de Santa María de Jesús, airosa torrecita simil, muy simil por la referencia que tenemos en los grabados de época a la del Convento de los P.P. Franciscanos situado delante mismo del Ayuntamiento actual y que aún oímos contar a nuestros abuelos y padres..., solares de San Francisco.

Y no muy apartado el del poblado de Patraix, este exágono y, asimismo, de muy escasa altura con cuatro campanas...

Dejemos por ahora de enumerar las pequeñas e imperceptibles a distancia espadañas,

tanto conventuales que a veces albergan dos o tres campanas, como las parroquiales que servían para avisar a los campaneros en la torre de la solemnidad del momento y por ello están en desuso al electrificarse los campanarios, aunque muchas aún tienen su diminuto cimbalillo.

* * *

Ya va declinando el día.

Serán —son— las dos de la tarde.

Vemos ahora el eshelto, el recio campanario de los S^{ts}. Juanes. Reciedumbre con su buen juego de bronces (siete) destacando el Antonio Abad desaparecido cuando la contienda civil española —36, 39— y aparecido muy lejos de nuestra ciudad...

Y en la fachada de este templo recayente a la plaza del Mercado, frente a la Lonja el gracioso campanil que también ostentaba otra campana —que aún vimos— hasta los recientes (ya ha pasado medio siglo) sucesos poco ha mencionados.



Y otra fina y airosa construcción de ladrillo haciendo guardia a la más espectacular cúpula del Colegio de las Escuelas Pías. Buen grupo de campanas todas ellas nuevas, construidas a partir de 1940.

Un poco más alejado, un extraño torreón con traza oriental, bóveda, cupulín, torrecilla, baranda...: el templo ahora parroquial de San Sebastián, antiguo convento de Mínimos de San Francisco de Paula.

Santo Tomás de Villanueva llega a Valencia como arzobispo a partir de 1544... Existe en estas afueras del llano de Quart un convento de PP. Agustinos..., y aquí se hospeda. Luego de muchas transformaciones efectuadas por las religiosas de Jesús y María, desaparece no ha mucho la sencilla y finísima de ladrillos torrecilla-campanario. No sabemos dónde se expatriarían sus bronces... Aún queda la capilla alta, esbelta, con cúpula oval, donde reposaban los restos del mencionado arzobispo-limosnero.

Un poco más lejos divisamos la afiladísima aguja pseudogótica de San José de la Montaña. También tiene varias, cuatro, campanas.

Vislumbremos Mislata... Parroquia, templos de Religiosas Servitas del Pie de la Cruz, de la Doctrina Cristiana...

¡Cómo va cayendo el día! Aún quedará una hora escasa de sol.

* * *

Volvamos hacia aquí a nuestra derecha, hacia el norte de la mirada.

El templo de los PP. Jesuitas aún tiene su diferencial aire con los demás templos ciudadanos y su torre —aunque el ladrillo es parte única en su construcción siempre rematado por cupulín— tejazoz a cuatro vertientes de tejas azules y blancas y rematada por la veleta, bella obra de la cerrajería que corona y remata en todas las torres valencianas, aunque diversificando su dibujo ateniéndose a la especial advocación de cada templo. Esta torre no es muy esbelta.

También tenemos cerca —bastante— San Nicolás. Seco, bastante alto, base de piedra el primer cuerpo y luego ladrillo y remates de barandillas, adornos, esferas, pétreos.

Y ya el sol a contraluz no nos deja contemplar con nitidez.

Ahora son espadañas, campanarios diminutos, algunos enmudecidos a veces, tiempo, tiempo, tiempo..., y otros que aún nosotros sonamos en la anual conmemoración de su titular.

Así, los de San Juan Bautista, con dos buenas campanas; el del Marqués del Campo, con centenarias piezas, agudo remate diríamos nórdico, con cerámica verde y amarilla, vidriada oscura y tres campanas; el colindante de la Beneficencia —ahora, centro cultural, museos—; en su par de torres, que custodian la fachada del templo, una campana antigua de 1793 y nueve más por patios, dependencias, salas...

Convento de Corpus Christi, con tres piezas, aparte otras varias en la clausura.

Y allá en lontananza, silueta esbeltísima ahora entre tanta edificación de rascacielos, el poblado de Campanar... (aunque su verdadero sentido era camp-pa-nar, campo para ir), alta, a la otra parte del río y casi enfrenteado a Mis-lata.

Mas vemos ahora la monumental espadaña del Colegio de San José, de los PP. Jesuitas, con tres bien visibles campanas.

Volvamos más la vista hacia el Norte.

Ya declina muy a prisa la tarde.

Al fondo, a unos veinticinco kilómetros, los montes de Sagunto, y un poco más cerca, las colinas del Puig de Santa María, Patrona del antiguo reino de Valencia, con la tradición muy compartida con otras imágenes de ser encontradas bajo campanas así ocultas ante la invasión de los árabes.

Barriada del Carmen, interior de la ciudad. Una espadaña férrea de las Religiosas Siervas de María, que cuidan a los enfermos..., y un tanto hacia atrás, otra magnífica torre totalmente de piedra: el antiguo Convento del Carmen, ahora Parroquia de la Santísima Cruz. ¡Bella y recia torre, con un ángel, escultura de bronce como veleta!

Pasemos —otra vez con la mirada— el antiguo cauce del Turia, y junto a él el también bellissimo y con apliques cerámicos de Santa Mónica, y adosado otro sencillísimo cuadrado sin remate, ladrillo visto y con varios bronces sagrados: el de la HH. de Ancianos Desamparados (Hermanitas de los Pobres), y un poco más allá de esta calle de Sagunto, rústico y desvencijado y casi derruido, espadaña del Hospitalillo de leprosos construido por 1250, dedicado a San Lázaro, y allí, en el límite de

la ronda exterior de circunvalación, la asimismo muy primigenia ermita de San Antonio Abad, con restos de techumbre hispano-árabe, ahora Colegio de los PP. Salesianos, con su sencillo y espigado campanario y varias —no recordamos—, cinco o seis campanas salvadas del conflicto de 1936.

Volvamos hacia la ciudad. Mas antes de repasar el río anotemos el bien dispuesto de los P.P. Carmelitas, con tres y por azoteas e interior del templo tres más.

Ya viendo casi la ciudad —estamos en el arrabal—, el convento de religiosas de San Cristóbal. Buen sustentáculo con tres campanas.

Maravilla de piedra y conjunto arquitectónico artístico, pinturas y esculturas mutiladas o desaparecidas de reciente... Estamos en el Convento de la Santísima Trinidad, de Religiosas Franciscanas-Clarisas, construido por la reina que allí tiene su panteón, esposa de Alfonso el Magnánimo, por los años 1445 y que se refleja en el casi siempre —ahora, 1987, del todo— exhausto río Turia. Gracioso y sencillo campanil con tres campanas, más las emotivas de claustro, refectorio, sala de oración y descanso...

Recorremos desde esta nuestra atalaya máxima la cercanía.

Ya el sol da sus postreros tonos. Admiramos ahora el muy cercano campanario de la antigua parroquia de San Lorenzo, ya de tiempo convento de P.P. Franciscanos. Aún le restan dos campanas antiguas.

¡Qué diremos de esa semiderruida torre de San Bartolomé! Vacíos sus portales —sin ninguna campana—, y empezando a derribarse..., allá en lo alto desaparecido tejazoz a cuatro vertientes y algunos metros de su remate. Allá queda la veleta, como si una centella, un rayo, la hubiese maltratado...

Vengan ahora al más secular campanario. Un poco transformado, pero su construcción, todo él de piedra, es del siglo XIII. Dedicado al Santísimo Cristo del Salvador, imagen protogótica de gran tamaño. Esta torre-fortaleza, al parecer, conserva ahora cuatro campanas no muy antiguas, pero que son ornato en todo instante con su sonoridad.

Diminuta espadaña casi imperceptible: la antigua Cofradía de San Jaime, a las horas monasterio de religiosas franciscanas-clarisas. Sólo una campana de poco más de siglo y medio...

Vengan a contemplar el cercanísimo Cimborio lucernario de la Catedral, diremos hermano de esta torre donde aún nos encontramos: el Miguelete. Allá, en su alto y centro, existe el cimbalillo —María, 1806—, que avisaba a los campaneros de esta torre catedralicia en los momentos culminantes para que volteasen todos estos bronces. Es un poco difícil subir ahí ahora, luego de la remodelación de todo este edificio religioso, siendo muy espectacular el ascender por su interior, apoyando pies y manos en unos arcos metálicos unos diez o doce metros.

Allá por el año 1923 se celebró la Coronación de la Santísima Virgen de los Desamparados, Patrona de Valencia, cuya Real Capilla, ahora Basílica, se encuentra situada aquí, a escasos pasos de la Catedral, y en medio de un gran entusiasmo se pensó edificar un templo monumental con airoso campanario. Ofrecimiento de solares, planos magníficos, vibrante entusiasmo..., mas el cambio de régimen en abril de 1931 desbarató planes...

La destrucción de templos y conventos en mayo de este mismo año, con la culminación del mes de julio de 1936, al iniciarse la Guerra Civil española, suspendió el inicio de las obras. Queda el gran solar, con unas excavaciones que nos presentan el núcleo central de la Valentia Edetanorum, fundación romana, más restos de épocas posteriores, arábiga sobre todo, y así queda más en su interior un rolde bien oído,

a ras del suelo, por quedar situado a unos tres metros del pavimento en los instantes más emotivos del segundo domingo de mayo —fiestividad cumbre de nuestra Patrona—, y en la diaria llamada a los actos de la Escolanía: el sonar de esa rueda de campanas es para nosotros, nacidos muy cerca, íntima llamada, en tanto que desde nuestra casa natal le oíamos perfectamente y era, y aún en parte lo es, como un especial toque de gloria.

Ha sido un bien aprovechado día. Ya es de noche cuando llegamos a la calle. Nuestra mirada aún está ahita de torres, espadañas, de la inmensidad de Valencia contemplada a vista de ave con vuelo reposado... Ahora puedo referiros que para ver de cerca todas estas campanas, tuvimos que ascender varias veces a estas torres para contemplar medición, inscripciones, fotos, que sumamos, cuatro mil ochocientos treinta escalones y a esta Torre donde hoy entre unas cosas ciertas de trabajo —estudio que apareció en «Archivo de Arte Valenciano» en 1982, publicación de la Real Academia de Bellas Artes—, de San Carlos... 23.805 peldaños subidos al Miguelete, contando con la visita de S. S. el Papa, tanto desde que llegara a España cuanto su permanencia en Valencia; estos escalones, registrados como siempre ayudado por mis tres hijos... Con eso os he librado de un segurísimo cansancio.

Creo que me lo agradeceréis... Todo sea por las campanas...





Obra Cultural de la Caja de Ahorro Popular
VALLADOLID